

TRATADO IMPORTANTE PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS INDIOS PEHUENCHES SEGUN EL ORDEN DE SU VIDA (*)

Por LUIS DE LA CRUZ (1806)

En el Archivo General de Indias de Sevilla se encuentra un manuscrito (Audiencia de Chile, legajo Nº 179): "Viaje a su costa del Alcalde Provincial del M. I. Cdo. de la Concepción de Chile Dn. Luis de la Cruz desde el Fuerte de Ballenar frontera de la Concepción por tierras desconocidas y habitadas de Indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires". (1)

Este manuscrito contiene en primer lugar el diario del viaje. Don Luis de la Cruz partió el 7 de abril de 1806 del Fuerte de Ballenar, acompañado de un agrimensor, del práctico don Justo Molina, de los asociados tenientes de milicias don Angel y don Joaquín Prieto, de dos dragones, un intérprete y siete peones; cruzó la cordillera por Antuco, la laguna del Laja y el paso de Pichachén, atravesó la Pampa hasta Buenos Aires y llegó el 25 de julio del mismo año a Córdoba. El viaje tuvo por objeto reconocer "los terrenos que se comprenden en los Andes, posehidos por los Peguenches y de los espacios hasta el río de Chadileubu", con el fin de confeccionar un proyecto de un camino de Concepción a Buenos Aires. ,

Además del diario del viaje, el manuscrito contiene una extensa descripción geográfica de la región en referencia, entonces casi inexplorada y el presente "tratado" acerca de las etnografía de los pehuenches. Para contribuir al mejor conocimiento de este pueblo indígena, hasta hoy día sólo poco conocido, publico la parte del

(1) Otra copia hay en el Archivo Nacional (Arch. Eyzaguirre Nº 61/62).

(*) Leído en las sesiones del 26 de abril y 31 de mayo de 1953 de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

manuscrito comprendida entre foj. 177 y 208, suprimiendo sólo lo de menor importancia y adaptando el texto a la actual ortografía.

Este documento no es inédito. Apareció con ligeras variantes en el t. I, Buenos Aires 1835, de la Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata publicada por Pedro de Angelis. La Colección de Angelis fue reimpressa el año 1910 en la misma ciudad de Buenos Aires. Pero trátase de publicaciones escasas, de difícil consulta en Chile, de modo que se justifica esta nueva edición.

Carlos Henckel Ch.

Por más que indagué y varias investigaciones que hice entre los caciques viejos y de mejores luces sobre averiguar si tenían algún monumento o tradición de su origen, nunca pude descubrir de ellos en esta materia, otra razón que sus primeros padres nacieron en estos terrenos, así como debieron nacer los primeros de las otras parcialidades que las contemplan desde su origen diversas, sin más relación que la del paisanazgo. Por esta causa conserva esta tribu la desunión con las otras y de uno en otro día se asaltan, malogran o roban sin que les repriman ni contengan las paces que se celebran en los parlamentos generales de Chile a que todos asisten.

Siendo igual su lenguaje con el de los huilliches, llanistas y demás tribus, parece que en el establecimiento sería una, y mucho más siendo una la fisonomía de todos, una la corporatura, etc., según el conocimiento y noticias que de ellos mismos tengo. (1)

Aunque estos pehuenches han sido ponderados por de mayor corporatura, pero no es así, pues los he conocido a casi todos y no vi uno que no fuese más grande ni noté mayor corpulencia que la común entre nosotros y demás naciones. Sus aspectos son regulares y no tienen otra fantasía en corregir la naturaleza, que en taladrarse las orejas para traer un aro de metal o de hilo colgado y en pintarse la cara con diferentes colores.

Unos se cubren el rostro con una banda negra dejando sólo libre las orejas y garganta. Otros tiran por sobre los ojos y nariz hasta las orejas, una línea de dos dedos de ancho. Otros se afeitan los carrillos, otros se pintan sobre cejas y bigotes, otros el cuello y

(1) El lenguaje (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) es uno, una la corporatura y fisonomía con la de los pehuenches, sólo más rubios de pelos son éstos. Es pues de presumir que son de una misma estirpe distinguiéndose enteramente de los peruanos en el color y bocas, pues aquellos todos son hocicones y negros pálidos, aunque varíen de temperamento o se muden.

párpados de los ojos, otros sólo la nariz y, en fin, cada uno a su antojo dibuja en su cara lo que le parece más propio para estar más lindo; con este fin lo hacen se (foj. 178) gún lo aseguramos. (1).

Los colores que gastan en estos afeites son negro, colorado, azul y blanco, con la diferencia que el blanco no lo ocupan sino para echar algunas líneas a la orilla de los otros.

El negro con que se entintan es sacado de cierta piedra muy negra que llaman yama. Esta la muelen restregándola una con otra hasta que quede en polvo finísimo, luego le echan grasa derretida de cordero con cuyo beneficio resulta una argamasa suave, renegrida y lustrosa. El color lo extraen de otras piedras que llaman colo, pero es color más fino que el de la tierra. El azul de otra que nombran codiu y el blanco de otra que llaman palau. Con este propio título invocan otra piedra amarilla con la que dan color a las botas, morriones, coletos, etc.

Este uso de pintarse o teñirse la cara es común entre los hombres y mujeres. Aseguran hacerlo para parecer bien y algunas veces para hacerse desconocidos, en cuyo caso gastan del negro cubriéndose todo el rostro. (2)

La encarnadura de estos indios es por lo común prieta inclinada a rojo y debo decir que en su infancia no son tan oscuros, sino que se queman con los rigores del sol, aires y demás intemperies que sufren. (3)

Aunque la estatura de estos pehuenches es regular de dos varas poco más o menos, pero son más robustos, nerviosos y fuertes que los demás indios.

Ninguno vi deforme, pero sí muchos enfermos de la vista, que les debe provenir de lo afectos que son a calentarse en el fuego y a bañarse cuando más caldeados están y también por lo sutil y delgados que son aquellos aires que reciben sobre calientes.

Su pelo es negro pero las puntas tiran a rubio, la cara redonda, los ojos confusos, la nariz por lo regular chata, la boca mejor hecha y más chica que la de los peruanos, los dientes blancos y

(1) Los aros en las orejas y el pintarse la cara es más común entre los indios e indias de las pampas. Las tierras para el afeite las compran a los pehuenches.

(2) El afeitarse o teñirse lo hacen con el mismo objeto (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.)

(3) Tienen la misma encarnadura estos indios (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.)

durables, las piernas musculosas y bien formadas y los pies y manos pequeñas. (1)

Son abundantísimos de pelo y lo atraen de atrás para adelante sujetándolo por medio de una faja con que se circulan la cabeza por la frente que llaman tarilonco. De esta suerte el doblez de atrás les cubre un poco el cerebro y las puntas le caen a la frente sobre las cejas. Para este tarilonco suelen tener pañuelos europeos, los más ricos. (2)

En los rostros de las mujeres noté una proporción casi igual a la de los indios; pero siempre más finas como lo exige el sexo. Ninguna vi particular, algunas regulares y una feísima que fue el día que de Rima Mallín pasé a la Capilla en cuyo camino encontré a la mujer de Llanqueman. Ella era negra por naturaleza, todo el rostro peludo, lagañosa y de feísimas facciones, tanto que me espantó.

Toda esta nación vive sin cuidados ni fatigas y siendo de complexiones fortísimas como he dicho por causa del temperamento. A más de los sesenta años empiezan a encanecer, tampoco se arrugan ni encalvecen hasta muy viejos. Hay muchos octogenarios y todavía conservan el rostro entero, la dentadura completa, la cabeza cubierta (foj. 179). Cuando conocen cobardía son intrépidos y atrevidos y tímidos y cobardes cuando al enemigo suponen de más fuerza o valor. La experiencia con el frecuente trato de ellos me lo ha enseñado. La guerra la miran como la última desgracia y ésta es la causa por qué sus malocas las dan a traición y cuando suponen descuidados al enemigo. Todas ellas se dirigen a robar principalmente y si encuentran desprevenidos y sin fuerzas a sus rivales, a acabarlos, a desolarlos y a cautivar cuanto muchacho y mujeres encuentran, en cuya presa ponen su mayor interés.

Son interesados, desconfiados y maliciosos y es tan común que parece el constitutivo de la nación. Cualquier regalo o dádiva que se les haga es suficiente para conseguir de ellos lo que se quiera.

Les encuentro razón para el recelo y desconfianza que tienen en nuestras promesas y confieso que es efecto de nuestros malos e infames procedimientos con ellos. Los españoles que se internan a sus terrenos y los capitanes y tenientes de amigos que por lo común es gente ordinaria e ignorante y de pensamientos ridículos,

(1) No son éstos (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) tan fornidos como los pehuenches.

(2) El traje es uno entre estos indios (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) y los pehuenches y lo mismo en las indias sin variación.

les dicen lo que no es, les prometen lo que no les pueden cumplir, les dan una cosa por otra, les venden otras por dos tantos más de su valor y como después conocen haber sido engañados, de aquí resulta el recelo que tienen de toda la nación.

Nuestros jefes para tratar con los indios se ven precisados a valerse de estas personas que los conocen, que les tienen perdido el miedo y que les entienden el idioma. Pero tengo también observado que dando los recados tergiversados o por su ignorancia o por su malicia, dicen lo útil de él y nada de la substancia, añaden promesas y concluyen con que se les concederá cuanto pidan y quieran. Esto es imposible (foj. 180) y aquí está que quedan descontentos e incrédulos para lo sucesivo. También la comisión les sirve de utilidad porque como prometen tanto, les queda el blanco de pedirles; ellos largan con la esperanza de que por medio de los emisarios tienen que merecer y como esto no se cumple o satisface, queda el indio quejoso; y no contra el comisionado que se sabe disculpar, sino contra el jefe. Si por esta clase de gente no fuera, no serían capaces los indios de negarse a ningún proyecto nuestro que siquiera les proporcionara mediana comodidad. Y en fin, vuélvanse atrás los ojos y se verá que las sublevaciones de indios siempre se originaron por causa de los capitanes de amigos o de gentes ordinarias; y si posible fuera que nuestras ideas se les comunicasen por gente de bien y de buenos conocimientos y trato, se introduciría en ellos otro carácter tan distinto que se formarían nuevos hombres; pero esta afortunada mutación según el sistema regular, me parece ahora imposible.

El vestuario que usan estos indios se reduce a dos mantas quebradas de dos y media varas de latitud y de longitud lo mismo. Son tejidos de hilos torcidos a semejanza del barragán; para el diario comúnmente son azules turquíes y para los días de lucimiento con fajas de otros colores con que matizan varias labores que forman. La una de ellas doblándole a lo largo más de la tercera parte se la envuelven en la cintura, que la atan con una faja angosta y llaman a ésta manta chamal (1). Sobre esta atadura dan una lazada corrediza a una mancornia de dos piedras (foj. 180 v.) redondas como de peso de dos libras formadas en piel fresca de caballo que las unen con una cuerda de dos y media varas de largo lo que llaman laques o bolas; y la otra que tiene una boca en el centro cerca de media vara se la calan por la cabeza para cubrir con ella todo el cuerpo, lo que llaman poncho. El chamal les alcanza sólo hasta las pantorrillas y aunque muchos

(1) Es lo mismo entre éstos (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) y el chamal suele ser de paño de 2^a.

traen desnudas las piernas y pies; pero los más usan botas fuertes que las hacen de pieles de huemules, curtidas sobre frescas con ceniza para pelarlas; y sobadas a mano las dejan tan suaves como el mismo ante, dándole el color también de éste con la piedra amarilla de que ya traté. Estas botas suelen hacerlas de las pieles de corvas de vaca, de caballo, etc. y es en esta forma: descueran la pierna del animal desde el muslo hasta la uña; la corva les sirve de talón, la caña de pie y el muslo de pierna. Para las costuras que deben darles usan en lugar de cáñamo o de pita, de los nervios del espinazo de todo el animal, que las indias lo benefician de esta suerte: extraen los nervios, los ponen al sol y estando casi secos los mastican con los dientes hasta desunirlos y deshacerlos como nosotros haríamos con la toscadera, y estando en estos palos hilan; pero es tan fuerte el hilado que cosen con ellos los sacos, toldos, costales y cuanto se les ofrece y nunca les faltan sus maniobras para la costura. Regularmente andan con solo el chamal y lo demás del cuerpo en cueros o cuando más con el poncho arrebozado, pues sólo para montar a caballo se calan el poncho. La chupa galo (foj. 181) neada y el sombrero la aprecian en sumo grado. Este se lo ponen sobre el tarilonco y aquélla a raíz del vientre con el pecho. (1)

Son afectísimos al caballo como que todo su ejercicio es en ellos, se sientan curiosamente en la silla y son diestrísimos y muy sueitos para correr, revolver y hacer otras funciones. Los frenos y avíos son iguales a los nuestros, sólo los distingue un sudadero tejido de labores preciosas que ponen debajo de la silla, que cubre el caballo desde la cruz y espaldilla hasta los cuadriles e ijares. En Chile todos los campañistas o huasos, que así los llamamos, gastan estribos de madera en figura de un triángulo con un hueco en que entra la punta del pie; pero estos indios todos traen estriberas, o de arquimia o de fierro o de un palo elástico que llaman pylo, del que forman un aro para suplir. Raro es el pehuenche que no tiene cabezadas (forradas de plata y espuelas lo mismo; y hay muchos que tienen de estas alhajas, tres cuatro y cinco pares granjecidas o por la permutación de ponchos, mulas o vacas, o por los casamientos de sus hijas o parientes o por despojos en los malones.

Todas las pehuenchas son también aficionadas al caballo y muy jinetas, como que son las campañistas y que ellas salen a las

(1) Es lo mismo entre éstos (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) y por una chupa dan doce animales. .

permutaciones con las cargas y a las guerras, a despojar como di-ré con más explicación a su tiempo. (1)

Estas indias se visten también con dos mantas, pero son éstas más angostas (foj. 181 v.) a proporción de la estatura que tienen. La una de ellas que llaman quedete se la envuelven al cuerpo dejando la cruzadura para adelante, la prenden por sobre ambos hombros con unos alfileres y les queda todo el cuerpo cubierto hasta los talones y los brazos desnudos. A la cintura atan un cinto de un palmo o menos de ancho que llaman quepique, cuyo cinto tiene una hebilla para apretar y lo forman de chaquiras falsas celestes que nombran conos. Esta pieza es uno de los adornos en que ellas ponen más cuidado para su lucimiento porque lo suelen matizar de varios colores de chaquiras. Teniendo el cuerpo ya adornado se ponen la otra manta sobre los hombros a manera de capa, que llaman yquilla y ésta la prenden sobre el pecho con un agujón cuya cabeza es un círculo de plata estirada que llaman tupo. A la garganta usan una sarta de estos conos envueltos en dos o tres ocasiones y a manera de rosarios hasta más de veinte sertas de llancatas de todos colores o chaquiras. En las muñecas de las manos, pulseras y en las piernas otras iguales de las mismas cuentas que llaman quichinques. Para la cabeza trabajan un enrejado de las mismas cuentas falsas o chaquiras que el cinto, manillas y carcañales. Este enrejado tiene la forma de una concha de galápagos o tortuga, lo nombran todo entero tapahue, pero para explicarlo lo dividen en 3 partes, a saber: delantera, casco y trasera. A la delantera titulan tol, al casco tapahue y a la trasera grillatol. Las tres partes tienen distintos (foj. 182) enrejados, la delantera está hecha de muy tupido, el centro más claro y en cuadros y la trasera a manera de chirimoyas o conchas; y mucho más claro así para que quede más suelto como para que en cada extremo de la concha que hace la labor, quepa una campanilla o un cascabel que haga al andar sonido. Del uno y otro costado del centro o tapahue, penden dos sertas de hilo de las mismas chaquiras que son para afianzarlos en la cabeza; y sobre el tejido de la delantera de chaquiras de otro color, bordan una cruz, figura que les parece la más armoniosa. A esta alhaja o joya que ellas aprecian en sumo grado, es consiguiente una catterva de varas de hilo de las mismas cuentas para envolverse el pelo, que lo practican en esta forma; y advierto que sus peines es

(1) No tienen la menor diferencia estas indias (e.d. las indias de las pampas. N. del Ed.) de aquéllas, ni en costumbres, ni en ritos, sólo que algunas de éstas se visten de paño de 2^a y están más llenas de conos y llancatas; uno y otro lo compran en las expediciones a Salinas que hacen los españoles.

un manojo de voquis o raicecillas delgadas de que nosotros usamos para barrer las casas con el que se escarmanan bien todo el pelo, por medio de los dedos lo dividen en dos partes, esto es de la mitad de la frente hasta la del cerebro. Atrás de las orejas se atan cada parte y en este estado se calan el tapahue quedando las dos sartas que dije, sobre las ataduras; afianzan entonces aquellas sartas al atracado o ligadura del pelo y con la otra multitud de varas de chaquiras ensartadas, se lo van envolviendo hasta formar una cabal coleta que regularmente les llega hasta una cuarta más abajo de la cintura. Para que estas coletas no tengan movimiento para adelante y no les estorben al agacharse, les corren por la espalda otro hilo de chaquiras mezclado con cascabeles con el que las uncen. Cual (foj. 182 v.) quier movimiento que hagan es una sonaja y como la tiene por majeza, se mueven más de lo preciso. Las coletas enchaquiradas llaman quitrohue. Algunas que no tienen chaquiras para envolverse el pelo lo hacen en quinchas tejidas de hilado con labores a manera de cintas. En las orejas traen unos grandes zarcillos de plata, cuadrados; o unos aros; y en los dedos de las manos muchas sortijas. Todos los ensartes que hacen y tejidos de estas chaquiras son en los hilos de nervios que son perpetuos, porque el hilo de la lana sólo lo emplean en sus mantas y ponchos.

La nación pehuencha se reduce a tres tolderías o más bien vive en tres partes separadas que se contienen en los grados treinta y cuatro y treinta y siete y minutos de latitud sur. Los de más al N. están al oriente de Malule que son los malanguinos; éstos tratan con los españoles de Chile y los de Mendoza. Los del mediodía están al oriente de Chillán, éstos salen a Vilquico, Chillán y Tucapel; y los más al sur son los que están al oriente del partido de Quilquilemu y de Los Angeles, que los divide el río de la Laja y éstos son los de Antuco por donde he venido. Todas estas reducciones usan del mismo traje. (1)

Desde estos pehuenches de Antuco hasta el estrecho magallánico, restan tres parcialidades de indios que todas las llaman huilliches. La primera más inmediata a los pehuenches son los de Querahueque que es el general, los otros que se le siguen, los de Canigcolo y los otros, los patagónicos.

(1) Estos indios componen tres parcialidades, a saber: los de Mamilmapu que viven en los montes de Menco para acá. Los de las pampas que habitan al oriente de dichos montes y huilliches que son los que viven de las salinas y sus deresenas hacia la costa del sur. Todos visten lo mismo y sus costumbres son unas; pero los huilliches con los pampistas se maloquean y también viceversa.

El traje de los huilliches de Querahueque que es el (foj. 183) general, es lo mismo que el de los pehuenches y de los canigcolos; uno al modo de los patagónicos y otros al de los querahueques, según la nación con que más se vean.

El vestuario de los patagónicos se reduce a un braguero de piel de venado o de otro animal de aquellas selvas y una manta para arrebosarse compuesta de muchas pieles que llaman lloyca. El de las indias, a un delantal que les cubre hasta las rodillas, que lo meten entre las piernas al sentarse y a otra lloyca igual a la de los indios que se la prenden al pecho y luego a la cintura; y entre una y otra prendedura sacan los brazos para su ejercicio.

Los huilliches de canigcolo con los magallánicos son amigos y un mismo cuerpo para defenderse y maloquear, como ya tengo referido en las noticias que doy en el diario; pero volviendo a los pehuenches de mi tránsito.

Sus habitaciones son de pieles de caballos cosidas unas con otras por medio de cuerdas que de los nervios de los mismos caballos sacan. Son en dos paños y cada uno se compone de seis u ocho. Para armarlos ponen las indias unos horconcillos clavados a sus fuerzas de menor a mayor, para que tengan descenso las aguas; sobre las horquetas de los horcones algunas varillas o cañas de colui atravesadas y sobre este armamento tienden por una y otra parte el paño de pieles que forman una carpa, pero con la distinción que éstos quedan abiertos en la cumbre para que salga el humo (foj. 183 v.), por cuyo cobertor que es una cuarta de ancho entra el hielo y el agua. La vista que presentan estas habitaciones es feísima y su interior incómodo, puerco y desordenado. Según las mujeres que hay dentro son las divisiones, pero son deslindadas con sólo la piel de un caballo o por medio de una varilla puesta sobre dos horquetillas. Sus colchones son dos o tres pieles de ganado lanar; sus cubiertas, lloycas de guanacos, chingues, zorras, marras, vizcachas, etc. y cada cosa de éstas brota grasa de caballo por todas partes y de una fetidez insufrible. El fuego lo mantienen de continuo, dentro; la carne tirada sobre pellejos o pieles que usan para sentarse o para su cama o para el caballo; y en fin aquello todo es una mugre y un desaseo. Las indias barren el toldo y el patio, pero de qué sirve que no haya basura si todo es fétido y pasado de grasa. Así también de qué sirve que ellos y ellas se bañen de madrugada todos los días, si sus cuerpos, sus pies, sus manos y brazos y cabezas están con unas costras de grasas que no saldrían sino con jabón y agua caliente.

Estos aduares o toldos están juntos; tres, cuatro o seis u ocho. Por lo común el del cacique con sus mocetones. Sus esta-

blecimientos son en las orillas de los ríos o esteros y cerca de ellos mantienen sus haciendas que las ven todos los días. De que ya están talados todos los campos, se mudan a otro sitio cuya mutación llaman quillantú. Esta costumbre hace que el que más hacienda tiene, menos dure en un lugar.

DE LA CONSTITUCION POLITICA Y LEYES DE LOS PEHUENCHES (1)

Esta nación que se contempla independiente de las demás, no tiene con ninguna alianza estrecha ni guarda subordinación a sus propios jefes, sino por un efecto de tolerancia que a cada nada la atropellan. Los más antiguos ancianos, los más valerosos y los más ricos son los que se titulan caciques o quilmenes. Este título que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron también recomendables, brilla más en el sujeto. Por este orden el hijo de un cacique que no es valeroso, que no se hace rico, que no ha hecho hazañas meritorias, nada es, y se mira como un mocetón despreciable. Entonces el título de cacique lo hereda el indio de la reducción más guapo, de mejores discursos y comodidades.

Los caciques no tienen jurisdicción alguna para castigar, ni premiar a nadie; cada uno es allí juez de su causa y por consiguiente a nadie se tiene respeto. Así si un quilmen quiere atropellar a un mocetón y éste se siente de mayores bríos, carga con su jefe, lo acuchillea y hace con él cuanto puede y lejos de merecer castigo, se hace recomendable, porque habiendo vencido a un quilmen, que es decir a un hombre fuerte, ha dado prueba de mayor ferocidad. Resta que si el cacique tiene más parientes que el mocetón, se dan todos por agraviados y asaltan al mocetón para que les pague y de no, hacen lo mismo de él. Esta resulta es el único freno que tienen, pero de cualquier modo, el mérito de haber estropeado al cacique no lo pier (foj. 184 v.) de, aunque pierda sus bienes.

Los delitos que contemplan mayores y dignos de castigo, son el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería. El que mata debe ser muerto por los parientes del difunto o debe con pagas compensar la injuria a los mismos parientes. La adúltera paga

(1) En todo son conformes estos indios (e.d. los indios de las pampas. N. del Ed.) con los pehuenches. No tienen variación de ritos en los tratados siguientes.

con la vida, pero ha de ser con la ciencia y consentimiento de sus parientes, porque de lo contrario parece en manos de ellos el marido; y cuando no tenga cómo satisfacerlo el damnificado, se hace pago con la hacienda del pariente más inmediato del delincuente.

El Abate Molina dice que los padres de familia no están sujetos a ninguna pena cuando matan a sus hijos o mujeres, pero esto debe ser entre los araucanos, porque entre éstos no son dueños naturales de estas vidas sino por el contrario, el padre que mata a un hijo, los parientes de la madre lo asesinan a él.

Los hechiceros o hechiceras mueren quemados por los parientes del doliente y éstas son justicias que frecuentan mucho, pues todo el que muere es de daño.

Hechos los funerales consultan al adivino o adivina. Esta mediante recibiendo una caterva de pagas que le han de dar, declara la bruja que hizo la muerte y sin más autos todos los parientes del difunto le caen de madrugada a la hechicera, la traen a una hoguera de fuego violento que encienden en el campo; la toman unos de los pies y otros de las manos y sobrevestida la tienden sobre el fuego reconviniéndole confiese las demás brujas que le ayudaron a hacer (foj. 185) la muerte. La infeliz culpa a quien se le antoja y diciendo que ya no tiene más a quien delatar, la consumen en el fuego hasta reducirla a cenizas; y en los días siguientes, a las demás que culpó si no tienen estas inocentes alguna porción de bienes con que saciar su codicia.

Poco tiempo antes de introducirme yo por Antuco, se hizo una célebre justicia de éstas entre mis recién amigos pehuenches. Fue causada por la muerte de un indio viejísimo llamado Topa Lauquen, padre de mi amigo Treca. Es de advertir que en el día no tienen los pehuenches adivina y así con la muerte de este anciano se veían confusos sin hallar a quien culparla. Se juntaron todos los parientes y según unánimes acordaron, resolvieron mandar a los llanos a un emisario que consultase sobre la materia con una adivina. Fue el mensaje con las dádivas correspondientes y hablando con ella, ésta dijo: Que la mujer del gobernador Manquel llamada Peutui y un mocetón sobrino suyo nombrado Queyquinguir habían sido los que hicieron el daño. Volvió el emisario, se juntaron para oírlo y así que dió su razón, se sorprendió Treca de la Junta; con otros parientes fueron a casa de Manquel y allí mismo mataron a los delincuentes. La pobre mujer de Manquel con los dolores del agravio que le causaba Treca, gritó que la suegra de éste era la bruja y así que Manquel lo supo, de que llegó a su toldo fue también con los suyos y mató a la

suegra de Treca. En esta ocasión no usaron del fuego porque temieron a la crecida parentela de Manquel.

Este sistema de proceder es allí un ma (foj. 185 v.) nantial de crecidos desórdenes, opuesto al aumento y conservación de su nación; y a la pública y privada seguridad y cuando por el capricho de las fingidas adivinas se culpa la muerte a alguna persona de otra tribu, entonces son los fuertes malones, saqueos y guerras, hasta poder merecer a la hechicera.

DEL GOBIERNO MILITAR, ARMAS Y MODO DE HACER LA GUERRA

El gobierno militar es más razonable que el civil. Algún agravio u ofensa es el que hace siempre tomar las armas y para ello lo tratan y consultan de esta manera. El agraviado visita a todos los caciques, hace presente a ellos sus quejas y de que ya están enterados, se convocan para un juego de la chueca o una bebida. Entre los placeres de la diversión o de la boda, el más viejo de los ulmenes o quilmenes hace relación puntual de la ofensa que se le irrogó a uno de su nación, acrimina el agravio con las más vivas expresiones, hace ver la satisfacción con que debe compensarse y concluye exhortando a todos sus compatriotas a tomar las armas para vengarse como lo hicieron sus autores. Después de esto, todos hablan libremente y si el partido mayor es de que se tomen las armas, se decide a favor de éstos. Se emplaza allí el día en que se deben juntar de nuevo ya dispuestos para la guerra; y siendo cada uno de obligación llevar a su costa víveres, caballos y armas, concurren a la citación sin la menor falta. Con este caso el que hace de general para dar el avance, es el agraviado y en estando en positura de combatir o cerca de los enemigos, hacen todos el jura (foj. 186) mento en honor de su nación de morir o vencer. La hora en que avanzan es al venir el día como más acertado para encontrar al enemigo desprevenido. Anteponen vigías para indagar si duermen o no y si están en sosiego; con profundo silencio se acercan a los toldos, de allí comisionan a los más liberales para que se apoderen de las lanzas que comúnmente las mantienen clavadas en el patio y de que regulan que van llegando a ellas, de montón se dejan ir sobre la toldería matando al que se les presenta, haciendo lo mismo con el que huye y cautivando a las mujeres y chicos y robando cuanto encuentran.

Si recelan que alguno pudiera haber huído y que pueda comunicar a otros de los suyos el malón, salen unos con la presa hecha y otros se desparraman a buscar las haciendas de campo que siempre las hallan, pues hacen a los prisioneros confesar su paradero, también arrean todas las demás que encuentran y caminan seguidamente hasta juzgarse libres. Cuando el agravio es en común a toda la nación, hace de general el cacique más valeroso y en este caso debe concurrir todo el ejército de la tribu. Hubieron tiempos en que los huilliches de Querahueque estuvieron en guerra con estos pehuenches y así todo el año estaban con las armas en las manos y tenían unidas sus tolderías.

En el día todas las tropas de indios son de caballería y no se encuentra de otro que traiga infantería, que de Canigcolo cuando vienen a sus malones auxiliados de los patagónicos o magallánicos, que éstos carecen de caballos.

Las armas que tienen los pehuenches son lanzas, laques y un machetón o catana que llaman; pero de ningún modo espadas ni sa (foj. 192) bles que no los apetecen ni saben usar. También gastan honda y guichenlaque que es una piedra sola forrada en piel y pendiente de una cuerda a distinción de los laques que son tres piedras o dos unidas. Las mazas de fierro que suponen entre ellos son las mismas lanzas que quiebran para poderlas usar en atropellando o estrechándose al enemigo. Todas estas armas son sumamente incómodas para la guerra y en errando el primer tiro, ya les es difícil acertar, ni poderse servir de ellas sino es el machete.

Para salir a la guerra tienen unos sombreros de cueros de vacas tiesos con las costuras tapadas con hojas de lata; coletos del mismo cuero, que es una casaca a manera de aquellas antiguas con falda que les tapa hasta las rodillas y un cuello que les cubre el cerebro. Yo no sé cómo pueden moverse ni qué uso puedan hacer de sus manos. A varios hice vestir de estos aperos, pero estaban punto menos que un tronco. El morrión o coletos lo mantienen pintado con varias rayas y figuras horribles para atemorizar al enemigo. A esto es lo que se dirigen todos los indios y si no lo consiguen son como la veleta. Para la guerra sacan el mejor caballo, el mejor herraje, la mejor espuela, el mejor avío, etc., llevados de la idea que allí llevan aquellas prendas para que no les falten en la otra vida.

La nación más belicosa y brava entre los indios de todo el continente es la de estos pehuenches según todos (foj. 192 v.) confiesan; y es de inferir sólo del antecedente de la separación que tienen de todas las demás. Mi trato con ellos ha sido el más especulativo que pueda darse. Estuve porción de días vi-

viendo con ellos, puedo decir no hacían acción que no la mirase y me enterase de ella. Vengo en el mismo ejercicio con los que me acompañan; pero no pensé que hubiesen racionales tan flojos ni tan entregados al abandono del sueño como ellos. Son de cierto ágiles en el caballo, pero para subir a él, han de estar sin frío o a lo menos que sea ya tarde, han de estar sin hambre y sin sueño. Ellos es cierto velan para sus malones; pero esta vigilia la pagarían muy pronto si toparan con otra nación que fuera más vigilante, porque a la segunda o tercera noche ya se entregan enteramente a dormir sin cuidado, ni de su vida ni de sus intereses. Las noticias que se dan de los indios son por aquellos sujetos que con ellos tratan, pero como éstos duermen como ellos, comen y beben como ellos y son más flojos que ellos ¿qué dirían con fundamento?

Los despojos de la guerra entre los pehuenches son del que los toma; de ningún modo repartibles y así por no perder lo que se les presenta a la vista, suelen muchas veces exponer su vida y aun perecer. Llevan a la guerra para despojar a los muertos, a sus mujeres, hijos y parientes chicos o que no tienen armas, que de éstos hay muchos, y así mientras los unos matan las familias, están tendiendo la vista por donde pueden agarrar más; y levantándose a los cerros (foj. 193) para observar por donde se hallan las haciendas y son tan desunidos en esta parte que si no se logra otra presa que una tropa de caballos y ésta la halla uno, ésta se la lleva sin que tenga acción a ella ningún otro.

El mejor despojo y más apreciable es el de las mujeres e indiecillos. La causa es ésta: si la mujer le agrada al que la cautiva se casa con ella sin tener que pagar y si no le acomoda y la quiere otro, le paga cuanto pide el dueño y a sus demás parientes de éste lo mismo que si fuera su hija. También puede venderla a cualquiera otra nación, también canjear con ella otro pariente y entre tanto sirve como esclava, pero siempre dándole buen trato porque son muy humanos y caritativos. Los chicos aprecian para servirse de ellos y también para venderlos a los españoles comerciantes; su precio es de treinta a cuarenta pesos.

DE SU RELIGION Y FUNERALES

Todos ellos creen en un Dios (1) que creó todas las cosas y que las gobierna. A él piden cuando desean que les proteja y favorezca y cuando les sucede mal, se juzgan abandonados de él; culpan de autor de la desgracia al Guecubu que es otro ente

(1) Lo nombran Pillán.

maligno que causa todos los males. A las hechiceras tienen por secuaces de este ente, la yerba venenosa es su efecto y así todas las desgracias dependen de él. No usan de manera alguna de sacrificios ni dan el menor culto exterior. Creen que Dios debe favorecerlos por precisión, que no deben rogarle para (foj. 193 v.) que les socorra, pues como padre debe atenderles en sus necesidades. Que las acciones del hombre son libres y por malas que sean, Dios no se ofende de ellas. En agüeros creen y en los sueños, en el llanto de un perro, en el presentárseles una zorra y en fin en tantas ridiculeces, porque los creyeron sus padres, que ni con razones ni con la experiencia salen de su error.

Convienen en que son formados de cuerpo y alma; que el cuerpo se corrompe y el alma va a cimentarse a la otra parte del mar en donde debe gozar de una vida eterna y de todos los animales y frutas que allí hay, que son comunes; sólo dicen que hay en ese lugar mucho frío y para que su espíritu no lo padezca, se queman con un tizón los brazos, las piernas y por todo el cuerpo, diciendo que es guardar fuego, porque Dios no les dé allí frío.

Cuando alguno muere se juntan a llorar los amigos y parientes, se sientan en pelotones y lloran por largos ratos. Al cadáver lo exponen vestido con su mejor ropa tendiéndolo de costado en su cama. Hacen todos en el duelo memoria de sus hazañas y beneficios que hizo, representan la falta que hará a la nación y a su familia y concluido el llanto, cena el concurso y velan toda la noche.

Al siguiente día con gran concurso sacan al cuerpo del toldo, teniendo ya ensillado el mejor caballo del difunto y con el mejor avío. So (foj. 194) bre éste lo tumban atravesado y por debajo de la barriga del caballo le atan los pies con la cadera y manos, de modo que quede firme así, llevan tirando al caballo de la rienda hasta la sepultura de sus antepasados. En otro caballo cargan la cama y demás aperos con que lo han de enterrar y en estando en el sitio, abren el sepulcro, sacan los huesos que encuentran, a un lado forman un encatrado de madera que ponen en el plan sobre el que tienden la cama, lo acuestan y tapan hasta el pecho, desnudan su caballo y cerca de las manos le ponen el freno, espuelas, laques, silla, su machete, etc., ollas con comida y cuchara de palo o asta, cántaros con agua y alguna chicha si encuentran o tienen. Forman otro encatrado más arriba del cuerpo para que no le aplaste la tierra, sobre él tienden una piel de caballo y sobre esta piel le cargan la tierra hasta tapar el vacío.

Los caballos en que lo llevaron y cargaron la cama, los ahorcan y dejan allí cerca de la sepultura.

Pero si el difunto fuere rico se hace convite que se llama voyguecagrun, que significa fiesta de canelo y entonces pasada la primera noche del velorio sacan el cuerpo del toldo y lo depositan entre unas piedras o leños por allí cerca de la población, mientras se busca el vino o fermenta la chicha. Estando uno u otro conseguido vuelven todos los convidados y parientes a sacar el cadáver con toda solemnidad. Le (foj. 194 v.) ponen espuelas, lo acomodan en su caballo como antes dije y lo toman tirando el pariente más de respeto para llevarlo al cementerio; sigue en un trozo toda la comitiva, tras él va una porción de viejas lloronas y mozas que la imitan, más atrás las cargas de licores y más a la retaguardia, vacas, ovejas, caballos y yeguas, entre cuyos animales se incorpora el cargamento del equipaje. Llegan al lugar de la sepultura, tienden cerca de ella la cama del difunto y lo exponen de costado; se forma un círculo de todo el acompañamiento puesto de pie. Se previene el sepulcro del modo más cómodo y lo mismo el catre y a un lado de este círculo se hace una gran hoguera de fuego. Matan las reses que fueren suficientes para la boda, se hace la comida y todo este tiempo el duelo está parado llorando, se avisa de que ya está la comida y reprimen el llanto. Se empieza a servir por los más respetados y antes de comer cada uno de éstos dice al cadáver: "llaupay" tirándole una presa, que quiere decir, esto te brindo; lo mismo sucede después con el licor y de ese modo de pie, acabándose ya el llanto, pasan el resto del día y la noche siguiente comiendo, bebiendo y cantando. Al otro día echan el cadáver a la sepultura, le acompañan el fiambre, licores, ponchos, piezas de plata, todo el avío, armas y cuantas alhajas tenga; lo tapan y se sigue dejar ahorcados sus mejores caballos, yeguas y demás animales. Concluída esta ceremonia que finaliza con nuevo llanto, la carne que sobró de los animales muertos para el convite, (foj. 195) se reparte entre todos y se la llevan de allí para sus casas que ya salen separados. Los sentimientos que hacen los parientes del muerto son tan grandes, que duran por mucho tiempo; y si pasado un año o dos, llega alguno a lo de la viuda que no la hubiese visto después de la muerte, hay nuevo llanto con relación de cuanto pasó en la enfermedad y en el entierro.

Las mismas ceremonias gastan o acostumbran en los entierros de las mujeres con la sola diferencia que a proporción del sexo, es el equipaje que les acompaña.

Los casados creen encontrarse en las regiones de los muertos con sus mujeres y aun continúan entonces el matrimonio; y diciéndoles yo que estaría aquel reino sumamente aumentado con las generaciones, contestaron que no, porque las almas no tenían

allí cuerpo, que es preciso para la generación y como en replicándoles se refieren a que así lo entendieron sus progenitores, de cuya razón no salen, nada se adelanta al quererlos sacar de sus errores.

Regularmente los sueños provienen de que los espíritus de sus parientes y amigos fueron los que viniéndolos a aconsejar les dijeron lo que había de sucederles y así lo creen como nosotros el Evangelio. Sólo dicen, sueñan las almas grandes, esto es, los ulmenes, los viejos y viejas o aquellas personas valerosas dignas de creerles y capaces de dar consejos. Como en muchas partes de los montes se ven conchas y otros vestigios de la mar, petrificados, les traté del diluvio. Me contestaron así decían sus mayores, que el mar había crecido por todos los terrenos, pero también habían crecido sus cerros y así escaparon sobre ellos sin que les alcanzase el agua, desde cuyo tiempo existen sus "maguidas" tan elevadas. De estos principios no pueden sacarse, porque deben sujetarse al dicho de sus antepasados que no tuvieron interés en engañarlos.

DE LOS TIEMPOS Y OTRAS NOCIONES

La común cuenta que hacen de los tiempos es por lunas y así se entienden para cuanto determinan. El año lo dividen en doce cuyenes. La mitad de éstos lo designan en el brote de una yerba que llaman chilla, el que celebran con una voz "udantripuntui" ya se partió el año, cuyo brote es a fines de julio. Los significados que dan a los cuyenes o meses, son los siguientes:

Gualenquiyen	Enero, mes de calor
Ynanquiyen	Febrero, tiempo segundo de calor
Atancuyen	Marzo, tiempo de piñones
Unem-nimi	Abril, tiempo de la yerba de la perdiz
Ynanquiyen	Mayo, tiempo en que sigue la yerba
Unen-curigueno	Junio, tiempo primero del cielo negro
Ynan-curigueno	Julio, tiempo segundo del cielo negro
Llaque-cuye	Agosto, mal tiempo para las viejas
Peuquen	Setiembre, tiempo de brotes
Qutapaquin	Octubre, tiempo del brote crecido
Queguilqueyen	Noviembre, tiempo de desganchar
Villaquiyen	Diciembre, tiempo de necesidad

A este mes lo llaman el de la necesidad porque ya entonces se les ha consumido los granos que traen de nuestra frontera.

Las estaciones las computan en cuatro partes: la primavera que llaman tripantu, el estío qualentripantu, el otoño deumantranquen y el invierno pequen. Del día y noche no hacen división y para sus cuentas sólo nombran las noches, de modo que si deben citarse dentro de tres días, su explicación es para dentro de tres noches o cuatro, etc. La hora del medio día la distinguen por el sol de que lo miran a su frente, que la llaman ranquiante y la de la media noche ranquipan y aunque solicité de ellos si tenían algunas reglas de las estrellas para conocer las estaciones de las noches, me contestaron que no, que cuando habían estado mucho despiertos, o habían dormido mucho, suponían fuese la mitad de la noche.

A las estrellas denominan hauglen, a las cabrillas nau, a la Cruz Antártica poronchoy, a las Tres Marías queluquitau y a la Vía Láctea leubu. A los planetas no saben distinguir. A todo el cielo llaman guemimapu y a los países de la luna quiyenmapu. A los cometas titulan chernibe. Cuando vienen hacia sus tierras, son pronósticos de grandes guerras, pero cuando se inclinan a otros países no hacen caso de ellos.

Los eclipses del sol que llaman layante, que es decir murió el sol, son pronósticos que algún grande de (foj. 196 v.) sus tierras debe morir y los de la luna que nombran con la expresión layquiyan, denotan que algún español de grande autoridad morirá.

Para las medidas de líquidos y sólidos no tienen regla porque usan de la permutación midiendo en vasijas mayores o menores conforme a lo que se interesan, cuyo convenio llaman gueluy.

DE SU RETORICA, POESIA, MEDICINA Y COMERCIO

Sin embargo, de ser una gente selvática y sin instrucción alguna, es muy apreciable entre ellos el saber hablar bien y tanto que cuanto más elegante son en su modo de producir, se hacen más respetados y de más estimación. Por sólo esta circunstancia suben al grado de Quilmenes, porque al de elegantes producciones lo suponen guapo, así como al tonto cobarde y necio. En sus cauyres o juntas de bebidas hacen oraciones larguísimas y entonces esfuerzan a sus descendientes que se instruyan, que adquieran noticias y recomiendan a la memoria de los hechos de sus antepasados en las guerras y demás que pueda ilustrarlos.

Como a sus hijos los crían sin hacerles conocer lo que es temor ni respeto a nadie, y ellos observan desde chicos que el que más puede, más vale, que jamás ha de ser castigado porque no

obedezca ni acate a sus padres; se fomenta en todos un espíritu de arrogancia y desembarazo imponderable que nosotros no (foj. 197) conocemos. Mas como saben que por ser elocuentes ha de merecer las atenciones de su nación se convidan, entremeten o introducen sin el menor reparo a echar una arenga de media hora o de una, que en dos palabras podría decirse; y cuanto mayor es el concurso, mayor ha de ser la oración y con más espíritu la vierten. Son exactísimos en hablar su idioma con puridad, porque si el orador mezcla alguna expresión mal dicha o extranjera, se ríen y la critican en público repitiéndola.

El estilo de sus oraciones es sumamente figurado, alegórico, altanero y compuesto de frases; esto es para parlamentar sobre asuntos de entidad o a los primeros conocimientos de un sujeto respetable cuyas parlas llaman cuyactum. Sus oraciones constan de todas las partes esenciales, no faltan en ellas exordio, narración clara, confirmación con fundamentos y su afectuoso epílogo. Cualquiera que les oiga orar, se conjeturará que son hombres instruídos y no tan brutos como lo son en las demás funciones.

No dejan de haber entre los pehuenches, algunos poetas que los distinguen con el nombre de entugli. Sus obras se reducen a hacer narraciones de las hazañas de sus antepasados, de sus trabajos y muertes, de sus pasiones, amores, etc. Ello es cierto que en sus juntas con sus expresiones vivas de tal modo conmueven el corazón de sus compatriotas, que los hacen llorar cuando tratan de cosas lúgubres o saltar de contentos cuando de cosas alegres y ésta es prueba de la fuerza, (foj. 197 v.) actividad y arte de su modo de producir en poesía. Tengo presente un verso que oí en el toldo de Laylo que lo referiré y es el siguiente:

El mebin ñi niculantey	Fui a dejar mi Neuculante
Tilgui mapu meum	A las tierras de Tilgui
Anca maquida meum	Oh onísimas faldas de cerro
Ay quinchey ñi pellonechey	Que en sombras y en moscas lo convertiste.

Un general llamado Neuculantey pereció en Tilgui dando malón y sobre su muerte es la composición que consta de otras muchas cuartetas que no pude aprender ni las sabe ninguno de los que me acompañan.

No tienen otros médicos que las machis, estas mismas usan al principio de las enfermedades, de algunas yerbas medicinales o para dar en bebida sus aguas o para aplicarlas en frotamientos a fin de destruir con estos arbitrios el daño que dieron al enfermo. También usan del agua revuelta con pólvora y jabón que

traen de la frontera, para darle a todo enfermo ponderando ser eficacísimo remedio; a esta bebida suelen aumentarla piedra lipe, hacen al enfermo que pite pólvora por las narices y se pongan parches de ellas amasadas con jabón a las sienes. Si con estas medicinas no descansan del dolor, hacen una operación que llaman catatun, y es de esta suerte: toman entre los dos dedos la piel de aquella parte que duele al enfermo, la levantan cuanto pueden y le pasan el cuchillo de una a otra banda de modo que quede la piel rota por los dos costados (foj. 198) y por ambas partes le entran pólvora y si no la hay, dejan que sangre un poco y luego atan las heridas. Si el dolor es interior, se hacen abrir por el vacío, les sacan un pedazo de hígado o de bazo que se lo come el enfermo, después lo cosen por hilado de lana teñido con relbun y muchos de los que sufren esta operación bárbara, sanan. Si estas diligencias no son suficientes entran al machitún que es de dos maneras.

Molbiuntun, Mareupupiguelen. El primero se hace de día, a consecuencia de haber soñado la machi, que ya era tiempo de hacerlo porque el daño se iba arraigando mucho en el enfermo; y para verificarlo ponen en el patio de la casa, dos maitenes; en cada uno de ellos se cuelga un tambor y un jarro de chicha y en círculo al pie de cada árbol ponen otras doce vasijas del mismo licor. Allí cerca se aprontan manateados un carnero y un potrillo del color que diga la machi deben ser; siendo esta circunstancia precisa y la del color de los ojos que estos animales deben tener, para esperar el buen efecto. Preparados estos requisitos se saca el enfermo en su cama y se pone al lado del sol de los árboles. Ya acomodado, tocan dos mujeres unos tamborcillos, da la machi la tonada y verso que debe cantarse y todo el concurso comienza a vacilar y cantar dando vueltas alrededor de los árboles y el enfermo; entre tanto la machi toma una quita de tabaco encendido y con el humo que recibe en la boca inciens a los árboles, vasijas y animales por tres veces. El baile continúa y la machi pasa a incensar al enfermo, seguidamente le descubre la parte que le duele y para sacarle el daño por la sangre, le empieza a chupar con la boca tan fuerte, que le extrae por allí porciones de ella. En esta operación como debe hacer la machi tanta fuerza, suda, se inflama y los ojos se le encarnizan y estos accidentes dan a entender a los concurrentes que es efecto del quecubu que saca. De que está muy fatigada, se hace la loca y unos vienen a sujetarla y otros a sacar al potrillo sobre vivo el corazón. Lo pasan a la médica, ésta lo recibe palpitante, toma una bocarada de la sangre que estila, la desparrama al sol, pasa con él a lo del enfermo, le hace una cruz en la frente con el mismo corazón y después lo

unta de aquella sangre por todas partes del cuerpo, para lo que lo paran desnudo como estaba, prosiguen iguales ceremonias con el carnero y concluidas se repite el baile. Al enfermo ya lo meten en la danza sosteniéndolo para que no se caiga, si se alegra es señal de que vivirá y si no, de que es de muerte; porque ya estaba pasado el tiempo de curar el daño y que haría más de cuatro meses de que lo recibiría. Entran al enfermo al toldo y se acaba el machitún comiéndose el concurso los dos animales muertos sin perder ni una sola mínima parte; y si algo sobra, con los huesos lo cuelgan a algún árbol para que los perros no se lo coman.

El segundo es que puestos los dos maitenes forman en circunferencia una (foj. 199). era de ramas y coirones dejándole una sola puerta para el poniente. Sacan al enfermo y lo colocan en su cama entre los dos árboles; a uno y otro lado se le paran dos viejas y a los pies y cabeza dos viejos. El concurso se pone en circunferencia por dentro de la era y seis mozas adornadas a su uso y agarradas a las espaldas de las viejas. Cerca de la puerta tiene la machi prevenidos un jarro con tinta blanca para afeitar, doce hilos de una vara de largo, dos palitos de media vara de longitud con plumero en la punta y dos calabazos con algunas piedras dentro. Los dos palos los da a las viejas, que los han de tomar en la mano derecha. También los dos calabazos para en siendo tiempo los haga sonar con la izquierda siguiendo al tambor. Los dos jarros los pasa a dos indios para que recibiendo en el vacío sangre de un caballo que ya tienen amarrado para quitarle el corazón e hígados, con la sangre tiña a las mozas y con el del afeite blanco haga lo mismo. Los doce hilos se reparten para que así como salga el corazón, los de estos hilos hagan doce rosarios de aquellas entrañas y se los cuelguen a las viejas al cuello y prepara también a dos con el destino de que el uno corte la cabeza al caballo y sin el labio de arriba se la pase un viejo y el otro lo rabone y le dé la cola al otro viejo. Con todas estas prevenciones dadas y que los concurrentes las tienen de antemano bien aprendidas, empieza la machi a tocar el tambor, da la tonada y versos de la canción, le acompañan las viejas con los calabazos y las mozas bailan sin moverse de su sitio. Pasado un rato de danza manda se le extraiga al caballo el corazón, se lo pasan con brevedad y los destinados al jarro, cabeza, cola y sartas de hígado acuden a cumplir con su destino. Ella hace con la sangre y corazón lo mismo que en otro machitún y entre tanto ya las mozas están afeitadas de sangre y tinta blanca, las viejas con llancatus de entrañas, el un viejo con la cola y el otro con la cabeza figurando reirse, la machi arrecia con su

música. Las mozas no se pueden contener de risa, el un viejo le menea la cola al enfermo, el otro le presenta la cabeza; todo el concurso baila y canta y no paran hasta levantar al enfermo, paséanlo dentro de la era y que le siga por detrás y por delante la mojiganga. Muchos hay que se mejoran y se alegran al ver aquella fiesta, otros se empeoran y otros se mueren en ella. Se acaba lo mismo que el otro, colgando en un árbol elevado las reliquias del animal muerto.

DE LA ARROGANCIA DE LOS PEHUENCHES, SU CARIDAD, MANERA DE SALUDARSE Y SUS NOMBRES

Ya tengo dicho del corto número que esta tribu se compone y sin unión a ninguna otra de indios. Sola se encuentra bastante para invadir y maloquear a las demás y para saberse defender de ellas cuando lo exige el caso. Parece ésta bastante prueba para probar no sólo su arrogancia sino su heroicidad, esto es respecto a las otras (foj. 200) naciones.

Estos indios se tratan entre sí con particular benevolencia y ésta proviene de la misma insubordinación que tienen porque como no dejan de conocer que unos con otros se necesitan, que por medio de sus amistades, de su caridad y de sus servicios adquieren par (foj. 201 v.) tido, quieren tenerse seguros unos con otros, además de los sentimientos de hermandad y humanidad que ellos conservan.

Estos se extienden entre ellos a las demás tribus, pues cuando llegan a sus toldos, los reciben muy bien, los obsequian y sirven cuanto pueden.

Se deduce también su caridad de las expresiones finas con que se saludan y despiden. En las primeras es marimari con un abrazo y en las segundas amuqueyan: ya me quiero ir amigo, ¿qué me mandáis?

Los que son de un nombre que se titulan lacu, se aman mucho y para hacerse hermanos y unir sus voluntades se lacutucan, esto es, uno de los dos se le entra de alba al toldo del tocayo a pedirle alguna cosa de su mayor aprecio que no la puede negar; se la entrega y quedan unidos y pasado un año puede hacer el otro lo mismo, pero no antes. Los que convienen en sólo partes del nombre, se llaman apey, entre éstos no hay lacutum.

Los parientes de consanguinidad se llaman con la voz adquini, y los políticos millanes.

Con el sombrero no gastan cortesía cuando lo tienen ni la reciben; y del cariño y afabilidad se pagan tanto, que se hacen pesados y molestos. Sus nombres son compuestos del nombre propio de sus padres y de algún adjetivo que el padrino les pone en el bautismo que acostumbran.

Pasado algún tiempo desde el nacimiento del niño, los padres solicitan a un amigo o pariente para que lo bautice; y concediéndolo, señalan día y se previenen para caguin. El padrino que es el bautizante convida a todos sus amigos y deudos. Bien temprano con todos los convidados se marcha para la casa del (foj. 202) infante, lleva una yegua o caballo gordo. De que llega al patio hace echar al suelo este animal y le amarran los pies y manos. Sobre el vientre del tumbado pone un poncho o unas espuelas y tras él todo el concurso le imita poniendo allí un regalo para el chico. Ya que la bestia está con una cima de prendas encima para su ahijado, lo pone sentado sobre los regalos. Otro le saca el corazón al caballo sobre vivo y se lo pasa saltando al padrino, quien con él le hace una cruz en la frente, diciéndole así te has de llamar, esto es el adjetivo porque el propio de la casa lo tuvo desde que nació; todos los presentes con gritos repiten tres veces el nombre puesto, recibe el padre al niño y el padrino le presenta el corazón al sol como rociando con la sangre que estila y piden todos en alta voz por la vida de aquella criatura, por su felicidad, que sea guapo, elocuente y sepa defender a su nación. Concluida esta ceremonia, que sucede lo mismo con las hembras sin otra variedad que los regalos son a proporción del sexo, se sigue la boda y bebida que dura hasta que se acaba la carne y chicha o vino que tienen.

DE LOS MATRIMONIOS Y OCUPACIONES DOMESTICAS

En ninguna nación son tan útiles las mujeres para las familias como en ésta. En cada una de ellas miran los padres y parientes cierta parte de su hacienda segura, al contrario de nosotros que desde que nacen ya empezamos a trabajar para educarlas y adquirir bienes para proporcionarles una dote, que les pueda facilitar un marido honrado y de igual jerarquía que es bastante difícil. El indio que tiene muchas hijas y parientes, es rico aunque no tuviese otra hacienda que ésta y por el contrario pobre el que abunda en hijos y parientes varones. La razón se deduce del orden de sus matrimonios que es el siguiente (foj. 202 v.),.

El que solicita casarse comunica su intención a todos sus parientes con el objeto de que le ayuden como es de costumbre a costear las pagas que deben importarle la mujer. Convenidos por

precisión les intima el novio el tiempo en que han de ir con las prendas a pedir la novia y el lugar en que deben juntarse. Antes de amanecer está toda la parentela en el sitio prefijado; cuatro de los ancianos y elocuentes de la junta se adelantan a llegar a la casa o toldo donde ella vive. Recuerdan éstos a los padres de la muchacha, se levantan y los hacen entrar a la habitación. Antes de saludar le tiran por el suelo algunas de las donas que llevan y entonces se abrazan y se hacen relación de la solicitud que los lleva formando un panegírico sobre los méritos del novio y los de sus antepasados. El padre contesta recomendando también el mérito de su hija y concluye diciendo que hablen con la madre que es la que debe cederla. Pasan al rincón donde está ella y diciendo que por su parte no hay embarazo; repiten a tratar con el padre sobre las prendas que quiere por su hija. Este pide a proporción de los parientes que tiene para poder contentarlos a todos; y contentados, uno de estos emisarios vuelve al hogar de la junta para que toda ella se allegue al toldo con todos los bienes que traen. Así que llegan al patio la primera diligencia que hacen es tumbar al suelo los caballos, yeguas y vacas que traen a los que maniatan. Se sigue que de uno en uno van entrando al toldo, callados y dejando en el suelo cual el herraje, cual el poncho, cual las espuelas, etc. Así como van saliendo se van sentando en el patio con las piernas cruzadas en el suelo hasta formar un medio círculo. Den (foj. 203) tro de éste se sienta el novio con sus padres y deben acompañar la comitiva. Entre éstos ponen un asiento alto formado de ocho a diez mantas y ya que está acomodado el teatro, sale el padre de la novia, saluda muy serio en común y dice: "ahí está adentro, sáquenla". Se levantan las mujeres con gran prisa y entran preguntando ¿cuál es? A cuya interrogación responde la primera que del toldo se presenta, ésta es. Ya la encuentran con un platito en la mano derecha y dentro de él una piedra verde que llaman llanca. La toman de la izquierda y la sacan tirando para afuera. Al salir se le pone presente, o su futuro suegro o el pariente más inmediato del novio a quien entrega en sus manos la llanca y luego la sientan sobre las mantas. En aquel asiento recibe los quedetos e yquillas que le traen de obsequio sus nuevos parientes con las que la cubren de la cabeza para abajo. Matan uno de los animales amarrados, le sacan el pecho y el corazón, medio lo cuecen en agua y han de comer de él todos los del concurso, cuya partición hace el padre de la desposante. Concluída esta comida se retiran, llevando al novio a su mujer para sus toldos en donde se hace la boda para el siguiente día o para cuando la difiere.

Este es el más frecuente método que estilan a sus casamien-

tos, pero suelen hacerlo también por medio del rapto y es cuando los contrayentes tienen trato con anticipación y se presumen no convenga a los padres.

En este caso se roban a la muchacha y a los tres días van los parientes del novio a pedirla. Su introducción es a la misma hora de la mañana tirando las prendas como el antecedente. Piden perdón por el rapto, ponderando que el amor fue el que movió el exceso, ya que el casamiento lo tienen hecho por su voluntad y así sólo esperan su consentimiento para dar todas las demás dádivas que falten y puedan salir a la luz los novios y celebrarse. Condescienden los padres y emisarios (foj. 203 v.) que hacen venir a los novios con los animales y otras donas; reciben éstas y continúan las ceremonias que he referido en el antecedente. Ya concluídos los matrimonios, sigue el que el padre de la novia convoca a sus parientes para repartir las dádivas, suelen quedar muchos descontentos a los que después el novio debe gratificarlos.

La poligamia es permitida, pero como es tan costoso casarse con muchas, sólo lo hacen los ricos. Cuando tienen dos o tres mujeres, la más antigua goza de más autoridad y gobierna; a ésta la llaman unencurre. A la segunda manincurre y a la tercera ynan-curre. Entre sí, suelen estar celosas, pero los indios hacen muy poco caso de que ellas se disgusten y este mismo desprecio las reprime. Para dormir con ellas tienen el régimen dos noches con cada una y no pueden variar de él por la antigua costumbre que es.

Por esta misma regla de gobierno, sólo pueden hacerse dentro de sus toldos dos fuegos y así si pasan de dos las mujeres, deben unirse a uno las más modernas. La que está de turno en dormir lo está también en dar de comer y beber al marido a quien trata con sumo amor y respeto y lo nombran ya con el título de Piñón, ya con el de Buta.

Cuando tienen forasteros en sus toldos, los acomodan en el mejor lugar fuera de los serrallos de sus mujeres, que son de apariencia como he dicho. Le ponen cerca a un indio con el pretexto de que no le suceda alguna desgracia.

Las mujeres no sólo deben cuidar de las ocupaciones domésticas y labores interiores, sino que también han de atender al avío o silla del marido, a sus frenos, espuelas, caballos, etc., y así son tan pensionadas estas infelices que hacen los oficios de los esclavos y mucho más.

Las mujeres deben hilar y tejer para vestir al marido, vestirse ellas y a sus hijos también, deben con sus labores comprar (foj. 204) los trigos, maíces, ají, añil y en fin cuanto necesitan en sus casas de fuera.

Deben traer a sus hombros el agua y la leña. Deben buscar el caballo y ensillarlo para que el marido lo monte y desensillarlo cuando llega. Sus hijos en nada de estos servicios les alivian, porque no tienen facultad para poderlos mandar y cuando lo hiciesen no les obedecerían ni podrían castigarlos. Sólo sus hijas les ayudan a llevar de algún modo su pesada tarea.

Aunque las mujeres tienen el cuidado de barrer el toldo y patio todos los días como llevo expresado y por esta razón se halla allí el suelo sin basura y también de limpiar los herrajes, espuelas, uples y tupos; pero los demás trastes como camas, pellones, lloyca, mantas y ropas están pasados de sebo y grasa de caballo que por todas partes vierten mugre y fetidez. Así están ellos y por particularidad conservo que vi una chinilla en casa de Manquilef con los brazos y piernas limpias. Les pregunté a ellos por qué no se fregaban y siempre me respondieron que no era cona (1) el que no andaba mugroso. Ellas suelen lavar sus mantas, pero el jabón de que usan es de sangre del caballo que las pone en peor estado. No son así en sus partos, porque apenas paren, cuando se van a bañar al río y bañan también a la criatura y en volviendo al toldo es a trabajar en sus ocupaciones y a prevenir chichas para celebrar con los suyos su feliz parido. Sus menstruaciones no les impiden tampoco el baño diario.

En las primeras menstruaciones de las muchachas tienen boda ponderada que se comunica a toda la reducción y acostumbran entonces las siguientes reglas: así que la moza se siente enferma lo avisa a su madre. Esta sin dilación en una esquina del toldo le acomoda un serrallo de ponchos y la mete en él, con orden que no levante la vista para mirar a ningún hombre. Muy de alba la toman dos mujeres de las manos y la sacan al campo para que corra velozmente largo trecho, vuela cansada y así la encierran (foj. 204 v.), en el serrallo. Al ponerse el sol repite igual correduría y al otro día muy temprano la hacen hacer tres atados de leña que debe irlos a dejar al camino más inmediato de su casa; y los ha de poner en tres distintas partes. Esta es una seña que da la nación de que ya hay otra mujer y seguidamente se convida a todos los indios para que concurran a la celebración del estado útil a que entró la india.

Para criar los chicos mantienen una especie de cajón de tablillas amarradas que llaman dichas. Dentro ponen unos pellejos o pieles de carnero, envuelven a la criatura en unas mantillas de balleta, con una faja le atan por encima de los brazos y a los pies

(1) Valiente (N. del Ed.)

le dan otra ligadura; así lo echan a la dicha en la que vuelven a atarlo. De esta suerte se cuelgan el cajoncillo a la espalda y andan con él por todas partes que se le ofrece, a pie o a caballo. Si lloran lo toman en los brazos y le dan el pecho sin moverlo, lo paran afirmándolo en cualquier poyo y suelen también colgar de las puntas la dicha para mecerla de un látigo que dejan suelto para tirarlo desde donde están trabajando. Las ligaduras que dan a los hijos para contenerles los brazos y piernas dicen las indias es con el objeto de que forcejeen y se crien más fuertes y esforzados; y el uso de la dicha para que su formación sea recta y traerlos con más comodidad. Así todos ellos son bien plantados y soldadescos.

Cuando las criaturas empiezan a dar pasos, regularmente las tienen desnudas, a fin de que sin el estorbo del chamal, puedan andar con franqueza, pero después ya las cubren con su propio traje. Yo concibo que vestuario más incómodo que la manta arrollada a la cintura que les cubre hasta las pantorrillas estrechándoles el uso de las piernas no pudo idearse por estos indios. Por más ágiles que sean para montar a caballo, esto es para tomar la estribera y subir la otra pierna sobre el caballo, necesitan aflojarse la (foj. 205) manta; y así de doble tiempo que nosotros. Por esta incomodidad deben desnudarse y ponerse bragueros para sus funciones de bailes, juegos, etc. La educación que dan a los hijos sólo se reduce a contarles de hazañas o hechos valerosos de sus padres y parientes para criarles grandes espíritus y a ponderarles cuanto les importa a saber hablar con arrogancia para alegar a favor de la nación en las materias que les ocurren. También les instruyen de sus tierras y de las de sus antepasados a fin de que no pierdan sus derechos y en especial de toda la parentela; pero esta instrucción se reduce a dar lecciones en las bebidas y lugares públicos que es allá muy rara vez.

La libertad que goza la infancia es sin límites y así pueden hacer cuanto se les prevenga. Cuando oyen alguna insolencia de la boca de un hijo o que cometen algún delito que ellos lo saben, los celebran, los aplauden, los elogian diciendo que aquellas acciones son promesas de grandes hombres. El castigo lo miran como principio para debilitar las fuerzas, el valor y la arrogancia y así gustan que los niños hagan lo que quieran.

DE LOS ALIMENTOS, MUSICA Y OTROS PASATIEMPOS

La comida frecuente de estos indios es la carne de caballo de cuyos animales tienen grandes manadas y buenos arbitrios para adquirir porciones. Comen a más de esta carne, todas las de-

más que proporcionan en sus terrenos y fuera de ellos cuando andan. Su comida común es en asado, pero que apenas se sollame por encima; también en cocido y por consiguiente antes de estar en sazón. Al tiempo de matar la res se comen cruda la riñonada, todo el cebo y el librillo; y si estaba preñada, la cría. A la carne conforme se enfría le sacan con las uñas la gordura y se la comen también. Al tiempo de degollar el animal, aprovechan la sangre y hacen morcillas o en lavarse la cara y la cabeza con ella.

Cuando la res es tierna la degüellan (foj. 205 v.) levantándola uno de las dos manos, luego la amarran en el gollete para que retroceda la sangre a las entrañas, dejan pasar un rato, la abren y sacan sobre caliente los hígados y corazón hinchados con grandes pedazos de sangre; y en el momento se los comen ponderando su delicadeza. Esta muerte la llaman nachí.

Los granos que comen son cocidos, tostados o en polvo, pero como ya he dicho, son éstos traídos de nuestras fronteras, porque ellos no tienen siembra alguna ni trabajan en ninguna manufactura, más que en sobar algunas pieles para botas, correas, colleras, etc., para uncir animales y manatiarlos y aun en estas obras tienen parte sus mujeres, como que las he visto trabajar en ellas. Los granos que nos permutan es por sal, caballos, ovejas, vacas, ponchos, mantas, etc. y para estos cambios llevan a sus mujeres a fin de que ellas carguen con toda la pensión y también cuidarlos cuando se embriagan, que lo hacen con vicio siempre que se les proporciona.

El trigo regularmente lo reducen a harina tostada que llaman nurchi y de esta harina hacen dos diferentes comidas, una con agua fría que llaman ulpo y otra con agua caliente que nombran chercan. Lo mismo hacen con la de cebada; ambas son substanciosas y de buen gusto. Las papas las cuecen y las llaman mallo, pero son más aficionados a comerlas asadas. Son comedores y nuestros guisos los celebran mucho ponderándolos entre los suyos. Jamás tuve hasta ahora un día que no se viniesen a mi toldo al tiempo de comer; sin embargo que siempre cuidé repletarlos antes a fin de que no me creyesen más solícito de mi comodidad que de la de ellos y no hubo ocasión que no comiesen con ansia.

Son afectísimos al pan, pero no lo acostumbran. Algunas veces por cosa particular lo hacen y es de esta suerte: humedecen el trigo sobre pieles, luego lo estregan entre los pies a que suelte el hollejo, lo secan y de ahí entre dos piedras lo muelen, cuya harina nombran mingo. Sin más beneficio hacen la masa que la asan entre ceniza caldeada que llaman chapica o la frién

en grasa que es lo más frecuente. La bebida ordinaria es agua y las cervezas que acostumbran en sus funciones son de trigo sancocado y mascado, de michi que es una fruta morada y muy dulce, de queruque que es una fruta de un boquicillo, de cuparra que es una fruta blanca entre los montes y fuera de ellos colorada, de piñones, de guigan y de maíz. Todos estos caldos los entibian para echarlos en las vasijas en que fermentan.

Los pinales empiezan casi a los confines de las tierras de los pehuenches con los huilliches; pero como son flojos se dedican poco a irlos a traer siendo una fruta tan delicada y de tanto alimento que puede dársele el mejor lugar.

Para comer se sientan en un pellejo de oveja con las piernas cruzadas. El rale en que la mujer le sirve la comida se lo ponen en el suelo. Toman la troncha que han de comer en la mano izquierda y entre los dedos van trozando los pedacillos que se han de echar a la boca, para lo que se sirven de un cuchillo que todos tienen. Si el guisado tiene caldo, lo beben con el mismo rale y todo se lo acaban aunque hayan otros que los estén mirando porque de un plato no puede convidarse; y así si hay veinte han de servirse si alcanza y de no, se quedan mirando los desgraciados. Ni aun estos rales o platos de que usan, los hacen estos indios, sino que los compran a los huilliches y a otros.

Para sacar fuego tienen eslabón y cuando usan del repu que son dos palos de colín o rarín, que estregando el más delgado sobre el más grueso, hacen salir un aserrín que con el calor del movimiento se incendia. El sauce es palo también de los más combustibles. Diariamente hacen tres comidas; por la mañana, a medio día y antes de obscurecerse. En los convites públicos que tienen, es su gasto el de carnes y chichas. Es el más solemne el que tiene vino y más abundancia de bebidas; entonces dicen treguaquimey, pero cuando no, es qolinguelay, que malo estuvo que no bebimos. Es tan gustoso a esta nación embriagarse que se llevan bebiendo mientras dura el licor y suelen pasarse cinco, seis y ocho días sin otro alimento que el vino y así se enferman después.

Rara vez en sus caguines tienen música y cuando la hay, se reduce a unos pitos de caña y tamborcillos de los que usan las machis en sus curaciones. Al compás de estos tétricos instrumentos cantan y bailan una danza que llaman puelpurrun, que es de esta manera: se desnudan todos los danzantes poniéndose bragueros de pieles sobados. Se pintan el cuerpo, piernas y cara con tintas de varios colores. Las cabezas se cubren de plumas de avestruz y se cuelgan en el cuello, hombros y corvas, casca- beles; y otros del bragiero, un cencerro de caballo; luego se for-

ma un círculo de todos ellos, dentro del círculo una fogata de fuego y cerca de él se ponen los músicos. Comienzan éstos el toque y unos detrás de otros empiezan a danzar moviendo con ligereza los pies, lo mismo la cabeza, haciendo tañido con las manos y balando con la boca. Las mujeres no se mezclan en el baile con los hombres ni éstos con las mujeres cuando se les llega su tiempo, pero éstas no se desnudan.

Son afectísimos a jugar y así en todos sus convites arman (foj. 207) juegos de los que acostumbran que son los dados, la pilma, el guaro, los lligues y la chueca. A los dados raro es el indio que ignora jugar, son de la misma clase que los nuestros, pero no tan bien hechos; cada uno ha de tirar con los suyos y así cargan todos los aficionados, juegan con los españoles y éstos les ganan cuanto tienen.

La pilma que es una especie de pelota llena de viento, la juegan entre seis u ocho; para ello se desnudan poniéndose bragueros, hacen una raya en círculo y dentro de ella se forman en dos filas, cada uno al frente de su contrario y cada fila con su pilma. La una la tiene el del costado derecho y la contraria el del costado izquierdo. Dan a un tiempo el bote en el suelo, levantan la pierna izquierda para tomarla y darle al contrario que debe recibirla y retornar con ella; si no le toca con ella en alguna parte del cuerpo, pierde el de la pilma una raya y si el otro no la recibió pierde otra; pero hay más, que siempre que la pilma sale de la raya, se pierde otro punto y éste es el que tira cuando no da al contrario y sale fuera, porque entonces pierde dos: una por la errata y otra por la salida; pero si le da y sale, entonces pierde la raya de la salida el que debía recibirla. Como la ganancia resulta de las erratas y salidas de la pilma y están tan cerca unos de otros en el círculo que es corto, saltan para que se pase por debajo, se agachan y en fin tiene tanto arte y ejercicio que casi es imposible comprenderlo.

Así el del guaro que es un quechin o triángulo de madera con varios puntos embutidos de arquimia o plomos, para jugarlo hacen un hoyo en el suelo como una fuente regular. Al frente de los dos contrarios clavan cada uno por su parte 12 palitos y en el (foj. 207 v.) campo o trecho que queda al lado del sur desocupado que lo nombran río, ponen tres más; el de en medio mayor que llaman ysla. Más al sur de estas yslas, clavan un palo ladeado hacia el norte, que ha de tener una vara de alto y en la punta le ponen una argolla por donde pueda entrar el guaro. El que es mano lo agarra, lo pasa por la argolla y lo suelta que caiga al hoyo; si gana, quita un palito al contrario y lo bota y si pierde, hace el contrario lo mismo con él; y en el hueco que

quedó, introduce uno de los de la ysla y así repiten quitando, cambiando y recogiendo que se hace ininteligible; ni hay un español que lo entienda por más que haya vivido entre ellos. Para jugar este juego, gritan, exclaman, llaman la suerte, se muerden los brazos y se los tajan con el cuchillo como si lo hicieran con un hueso. Vi a uno de los que acompañaban a Mariñán con los brazos hechos pedazos y preguntando que quién lo había lastimado, me contestaron que él mismo, para ganar; y su contrario estaba poco menos.

Los lligues son cuatro palillos de dos caras por la una pintados y por la otra blancos, se tiran juntos, si caen con las pintas para arriba, ganan; y si para abajo, pierden. Este juego es común entre las indias también.

La chueca la juegan lo mismo que explica el Abate Molina en su Historia Civil al folio ciento veinte y cinco y ciento veinte y seis, tratando de los araucanos; pero las peleas o pendencias, que entre éstos se arman, sólo se extienden a sujetarse del pelo y no de otra parte del cuerpo.

Esto es a cuanto se reducen las costumbres y conocimientos de estos indios y lo que puede dar una idea cabal de ellos.
